

ECOLATRÍA

© Fernando Savater.

(Actividad propuesta por Francisco Giménez Gracia)

No estoy seguro de que haga falta decirlo, pero empezaré por asegurar que siento viva simpatía por numerosos animales y bastantes plantas. Algunos de mis mejores amigos son animales, en su mayor parte pertenecientes a la noble familia de los équidos. Con las plantas tengo un trato menos personal, pero no exento de ternura, sobre todo hacia ciertas solanáceas y casi todos los tubérculos. Mi relativa frialdad para los minerales y los gases no debe achacarse sino a mi carácter, a veces impropriadamente efusivo, que no siempre me permite comprender los encantos de recibir la llamada por respuesta.

A la naturaleza en general le tengo más respeto receloso que verdadero afecto. La sublimidad de ese amor que a su vez no espera ser amado, caro a Espinosa, me resulta de momento inalcanzable. Por otra parte, no entiendo esa manía de presentar a la naturaleza como si fuese una dama desvalida, ultrajada y violada por el atrevimiento soez de los hombres. Comparado con lo que la naturaleza nos hace a cada uno de nosotros, todo lo que nosotros le hagamos a ella es *peccata minuta*. Suponer que la tenemos poco menos que acorralada es un exceso de optimismo, pues aunque destruyésemos todo nuestro modesto globo, aún quedaría naturaleza intacta para dar y tomar. En el fondo, a los únicos que ponemos en peligro con nuestros desvaríos es a nosotros mismos, porque somos nosotros quienes necesitamos tales o cuales condiciones naturales que podemos alterar o abolir para nuestro perjuicio; la naturaleza, en cambio, no nos necesita para nada, y ni podemos alterarla en sus leyes, ni mucho menos abolirla en su conjunto. El verdadero suicida, dijo Albert Camus, desea con su gesto suprimirse no sólo a sí mismo, sino al universo entero; pero su logro efectivo suele ser más modesto.

Claro que los animales y plantas que nos acompañan en nuestro secundario planeta sí que pueden ser destruidos por los torpes abusos

humanos. Y también los mares o el ozono, sin los que los hombres no podríamos sobrevivir. Ante esta perspectiva, cabe en efecto adoptar una actitud ecológica muy oportuna. En la palabra *ecología*, la mitad proviene de *logos*, que vale aquí por *ciencia* o *conocimiento*. Es preciso estudiar el entorno en que vivimos los grupos humanos para determinar las medidas a tomar con el fin de no destruir a nuestros aliados naturales (vivos o inertes, sólidos, líquidos o gaseosos) a fuerza de superpoblación, polución o afán predador de ganancia a corto plazo. Ciertas prácticas arraigadas podían no ser letales para la especie cuando sólo la componían unos pocos miles, o unos pocos millones, pero resultan suicidas a la escala de 5.000 millones de hombres técnicamente avanzados que hoy ocupamos (en el sentido casi militar del término) el mundo, multiplicándonos además con lúgubre rapidez. Y también es tarea ecológica, por supuesto, buscar la supresión controlada de esas formas de vida o de manifestación natural (y no son pocas, desde el virus del sida a los terremotos) que aumentan los males de nuestro ya de por sí agobiado linaje. De modo que la ecología se empeña, beneméritamente, en conocer y reclamar cuantas conservaciones o exterminios pueden facilitar que los hombres habitemos más a gusto la tierra.

Hasta aquí la ecología que, como el *logos* de su etiqueta advierte, pertenece al mundo de la ciencia y de la ilustración. Pero hoy se le superpone y a veces se confunde con ella la *ecolatría*, que es a la ecología lo que la astrología a la astronomía. Como el afán de salvación religiosa tiende a llenar siempre los vacíos de significados culturales, la ecolatría se ha convertido en el dogma pintiparado de beatos sin fe trascendente y comunistas sin comunismo. La ecolatría no defiende los derechos de los hombres a vivir dignamente en la Tierra, sino los de la Tierra (junto a sus animales, plantas, mares, oxígeno, etc.) a no ser perturbados o dañados por la forma de vivir de los hombres. La manifestación caricaturesca de los ecolatras (dejando aparte las más siniestras de quienes están dispuestos a consentir atentados para salvar paisajes, o los que acometen secuestros para liberar a cobayas de laboratorio) se ha dado en la indignación de ciertos *verdes* alemanes que han protestado contra el derribo del muro de Berlín porque a su sombra, resguardada a tiros de molestos

transeúntes, habitaban patos y conejos de insólita lozanía, entre flores en otras partes ya inencontrables. Lo que el ecólatra venera, lo sepa o no, no es el logro de un mejor hábitat para el hombre, sino la pureza antihumana de una naturaleza de la que el hombre está ausente. O en la que está presente no al modo humano, es decir, emprendedor y transgresor, sino al modo animal (vegetal no es posible) de integración total en un medio cuyas leyes obedece, pero que jamás dicta.

¿Y los derechos de los animales y de las plantas? Rechacemos esta indigna parodia. El funcionamiento natural no reconoce derechos, sino que actúa según la tranquila eficacia de las causas necesarias. Ha hecho desaparecer más especies vegetales y animales de las que los hombres podrían aniquilar jamás; ¿quien se ocupa de los *derechos* de los dinosaurios o de los helechos gigantes? Si ahora hay familias naturales que parecen optar a derechos será por contagio con los humanos y, por tanto, sometiéndose a la cultura de éstos: porque derecho implica reciprocidad, concesión y deber. Es, sin duda, un deber cultural, estético en buena medida (como el de no destruir sin necesidad obras de arte) el que lleva a preservar de la aniquilación o de la crueldad gratuita a muchas especies zoológicas o botánicas. Pero ese deber cultural no está dissociado de otras formas de cultura humana, como es el gusto por la caza, la tauromaquia o a afición a embellecerse con pieles o a tomar determinadas exquisiteces culinarias. Vaya lo uno por lo otro. Los últimos reclutas ecólatras de los que me han hablado son Rambo Stallone, el Papa y Kurosawa, que se degrada en su última película a tristes formas de ecolatría senil. Tanta polución ecolátrica debería dar que pensar.

=====

Responde a las siguientes cuestiones:

- 1.- Busca un título alternativo para el texto.
- 2.- Expón brevemente la tesis principal que defiende el autor.

3.- Según el texto ¿en qué se diferenciaría la ecología de la *ecolatría*?

4.- ¿Cuál es la postura del autor respecto a los derechos de los animales?

5.- ¿Está el autor a favor de la tauromaquia o del uso de prendas fabricadas con pieles de animales? ¿Por qué?